

ta predicacion, y hacerla fructificar en vuestras virtudes para recompensarlas despues con una eternidad venturosa.

Recibid, hermanos é hijos carísimos, la bendicion que os mandamos, llenos de amor hácia vosotros, en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo.

México, Diciembre 19 de 1855.

*Clemente de Jesus,*

Obpo. de Michoacan.

PRIMERA

## INSTRUCCION PASTORAL

SOBRE LOS CARACTERES

DEL VERDADERO CRISTIANO.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE MICHOCAN, A LOS FIELES DE SU DIOCESIS.

*Carísimos hermanos é hijos:*

NUESTRO manual catecismo, este inapreciable tesoro de sabiduría que enriquece el entendimiento del pueblo y fecunda el talento del sabio; este precioso libro donde están esplicados de la manera mas feliz los dogmas de la fé, los preceptos de la moral, las reglas de la oracion, los caracteres y objetos de los santos sacramentos, comienza su declaracion de la doctrina explicando y definiendo al verdadero cristiano. Este nombre representa nuestra regeneracion espiritual, verificada en el bautismo, el cual se llama por lo mismo “un espiritual naci-

miento en que se nos da el ser de gracia y la vida de cristianos:” este nombre recuerda la renovacion de la alianza entre Dios y los hombres, cortada por el pecado de nuestro primer padre y renovada por el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo: este nombre manifiesta que somos discípulos del mismo Jesucristo, redimidos con su sangre, aleccionados con su doctrina, favorecidos con sus promesas: este nombre es el signo vivo con que todos los miembros de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, nos distinguimos de todos los otros hombres y pueblos, que con estar fuera de ella, se hallan excluidos de estas promesas y de estas esperanzas.

El santo nombre de cristiano manifiesta, pues, dos cosas: primera, el carácter de que nos revistió el santo bautismo; segunda nuestra union con Jesucristo en la Iglesia católica. El carácter que nos imprime el santo bautismo es indeleble, de manera que, aun cuando el hombre abandone su fé, esté fuera de la Iglesia y aun positivamente reprobado, siempre conserva este carácter. Nuestra union con Jesucristo se rompe de hecho por el pecado mortal, cuyos efectos son, como bien lo sabeis, el privar al alma de la caridad, de Dios que es vida suya, de la gracia y de la gloria, y condenarla al infierno. Mas esta union se restablece por el sacramento de la penitencia, el cual, cuando se recibe como es debido, borra el pecado, restituye la gracia y prepara para el cielo. Pero hay otro rompimiento mas terrible aun y de mas difícil remedio, el que obra el abandono de la fé. Los infelices que han perdido la fé, no son ya cristianos, sino solo de origen; no son ya miembros de Jesucristo; no están en la Iglesia católica. Hay, pues, una diferencia entre ambos, y es,

que los primeros, como conservan la fe, pero no obran en consecuencia con ella, son malos cristianos; los segundos como ya no tienen fé, son falsos cristianos. La diferencia que hay entre el bueno y el mal cristiano es muy obvia, todos la conoceis, no necesita explicacion; pero la que hay entre el verdadero y el falso cristiano con mucha dificultad se percibe cuando se trata de ciertos hombres que por un lado dicen que son cristianos católicos, &c., y por otro profesan ciertas opiniones y propalan ciertas doctrinas contrarias á la fe de Jesucristo. Os hablaremos, pues, en esta pastoral de la diferencia que hay entre el verdadero y el falso cristiano, á fin de que, apreciando como es debido los títulos que constituyen al primero, tomeis el mayor empeño en poseerlos y conservarlos á salvo de todo peligro, y podáis fácilmente evitar los peligros de una falsa conciencia en materia tan delicada.

“¿Qué quiere decir cristiano?—Hombre que tiene la fé de Cristo que profesó en el santo bautismo.—He aquí la primera leccion que nos da sobre este punto nuestro manual catecismo, el principio fundamental de donde debemos partir para fijar los caracteres del verdadero cristiano y conocer perfectamente al que no lo es, aunque afirme serlo. Desde luego llamamos vuestra atencion, hermanos carísimos, hácia estas palabras del catecismo: “hombre que tiene la fe de Cristo.” El verdadero cristiano es pues el que posee la fe de Cristo. La fe de Cristo es la doctrina que predicó, es el conjunto de las verdades que nos enseñó durante su vida, es

INSTRUCCIONES.—3.

el Evangelio. Esta doctrina quedó en la Iglesia católica, cuya Cabeza invisible es Jesucristo; y quedó en ella, primero, para que la enseñase; segundo para que la explicase é interpretase; tercero, para que la conservase pura y limpia, sin mezcla ni confusión. Luego toda doctrina que no viene de la Santa Iglesia, no es fe de Cristo, y por esto los hereges no tuvieron la fe de Cristo; toda inteligencia de las Santas Escrituras que no esté conforme con la interpretación que les ha dado la Iglesia, no es fe de Cristo, y por esto los protestantes no tienen la fe de Cristo; toda pretension de explicar el Evangelio, prescindiendo del sacerdocio católico, para admitir unas verdades y desechar otras, toda oscuridad y confusión introducida contra la inteligencia católica, de la doctrina, no es fe de Cristo, y por esta razón, aquellos que sin manifestarse abiertamente incrédulos, y ántes bien, aparentando ser católicos y defender el Evangelio, se arrojan el derecho de explicarle y hacen el papel de dogmatizadores, bajo los especiosos pretextos de reformar y volver las cosas á su estado primitivo, no son verdaderos cristianos.

II.

La fé, como dice nuestro manual catecismo, es “una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.” Siendo una luz sobrenatural, se recibe de Dios y no del hombre, es una gracia divina y no una invención humana. Infiérese de aquí que todos aquellos que no admiten mas verdades que las que pueden conocer por el uso de su

razón natural, que no quieren creer, si no se les convence, que no admiten la religión y la moral sino solo por la vía del raciocinio, no tienen la fe de Cristo, no son verdaderos sino falsos cristianos. Siendo la fé un don sobrenatural, es claro que toda doctrina que dice que ha venido del hombre, ó le da un objeto puramente humano, ó la circunscribe dentro de la órbita mezquina de un orden puramente transitorio, es una doctrina contraria manifestamente á la fe de Jesucristo, y quien la profesa y propala, aunque se llame cristiano y finja defender el Evangelio, no es verdadero sino falso cristiano.

III.

Como por la fé creemos lo que no vemos, tan solo porque Dios lo dice y lo propone la Iglesia, es claro que la fé es esencialmente oscura. ¿Por qué ha revelado Dios ciertas verdades? porque el hombre habia menester de ellas, y no las podia descubrir. ¿Por qué no las podia descubrir? porque eran inaccesibles á su inteligencia. ¿Y por qué eran inaccesibles? por la naturaleza misma de los objetos revelados. Luego los dogmas de la fe son por su naturaleza superiores á la razón humana, y por consiguiente sus objetos, durante nuestra vida mortal, son esencialmente oscuros y misteriosos. Por esto decia San Pablo: “Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio; sabiduría escondida que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra: sabiduría que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido... y de la cual está es-

crito: "ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento." (1)

Ahora bien, el verdadero cristiano, lejos de inquietarse por la oscuridad de estos misterios, inclina humildemente su razon delante de ellos, los venera, lo cree; nunca se atreve á escudriñarlos, y el asenso que les da con su entendimiento es mas firme, mas fuerte que el que pudiera dar á lo que está viendo con sus propios ojos. Por esto nuestro catecismo en una sencilla respuesta nos da la idea mas perfecta de la firmeza de este asenso. "¿Veis vos, pregunta, que Dios es Trino y Uno, ó como es Jesucristo Dios y hombre?" "No; mas créolo mas que si lo viese," responde. Aquellos, pues, que rehusan su asenso á nuestros dogmas católicos, dando por motivo la oscuridad propia de ellos, ó que solo admiten ciertas verdades que pueden ser demostradas, no son verdaderos cristianos, aunque afirmen serlo.

Mas no imagineis, hermanos carísimos, que el verdadero fiel carezca de apoyo para creer con tanta seguridad aun las cosas mas incomprensibles: sabe, á no poderlo dudar, que si estas cosas son oscuras en sí, la creencia de ellas tiene el apoyo de una evidencia completa, y por esto el apóstol San Pablo decia, que el homenaje de nuestra fe era un obsequio racional. "¿Qué, tan ciertas son las cosas que la fe nos enseña?" pregunta nuestro manual catecismo; y responde: "Como verdades dichas

(1) I. Cor, cap. II, vv. 7, 8 y 9.

por Dios, que no puede engañarse ni engañarnos." Ved aquí el purísimo crisol de nuestra creencia. La simple razon natural nos prueba evidentemente que hay un Dios, que este Dios es infinito en perfeccion, que por lo mismo es infalible: esta verdad se aprende en el libro de los cielos, en el cuadro del universo, y por esto decia el Profeta-Rey que los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. (1) Luego nos basta saber que Dios ha revelado una cosa, para creerla con mas firmeza que cuanto vemos y tocamos. Y para que la revelacion de estos altos misterios y de todas las verdades católicas tuviese un órgano permanente de comunicacion á los fieles, Jesucristo nuestro Señor instituyó la Iglesia. Esta buena madre conserva intacto el depósito de aquellas verdades y las enseña constantemente á sus hijos con tal uniformidad y consecuencia, que en mas de diez y ocho siglos que lleva de instituida, no ha enseñado otra cosa, ni ha entendido ni explicado de otro modo lo que enseña. Por esto el verdadero cristiano mira en la voz de la Iglesia la última razon de la doctrina. Consecuente con todo esto, vemos que un verdadero cristiano, cuando se le iusta con una segunda pregunta, responde apelando en todo á la Iglesia, y dando por razon de su seguridad el que ella está regida por el Espíritu Santo. "¿De dónde sabéis vos, pregunta el catecismo, haberlas dicho Dios?" "De nuestra Madre la Santa Iglesia regida por el Espíritu Santo," responde.

(1) Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum. Ps. XVIII, v. 1.

Para conocer, pues, al verdadero cristiano y distinguirle del que no lo es, el mejor modo es traer lo que cree, á este punto. ¿Cree, sin embargo de la oscuridad propia de los misterios, con toda firmeza las verdades reveladas? ¿Las cree por la seguridad plena de la palabra de Dios? ¿Busca esta seguridad en el juicio de la Santa Iglesia? He aquí á un verdadero cristiano. ¿No cree, porque no comprende? ¿Cree por lo que entiende y según lo que entiende, pero no por la palabra de Dios? ¿Dice creer á la palabra de Dios, al texto del Evangelio; pero rehusa sujetarse en todo y por todo al juicio de la Iglesia? He aquí al falso cristiano.

V.

Os hemos hecho notar, hermanos é hijos nuestros, las diferencias que hay entre el verdadero y el falso cristiano sin salir de la noción católica de la fe por lo que es en sí misma, esto es, considerada como una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone. Estas sencillas reflexiones bastarían para excusarnos de hacer otras conducentes á mostrar quién tiene y quién no tiene esta fe de Cristo; pues en ellas mismas hay datos suficientes para conocerlo. Sin embargo, siendo este un punto cardinal y de suma importancia, no estará por demas que os hagámos otras mas amplias en este sentido. Estadnos atentos.

Los dogmas de la fe están contenidos en un símbolo ó resumen que se llama *Credo*; están á cargo de la Iglesia; someten la razon; se concretan en

todo el cuadro de la Iglesia; imponen la obligacion de defenderlos hasta dar la vida por la confesion de su verdad. Resulta de aquí, que para ser verdaderos cristianos, nuestra fe debe de ser universal, absoluta, humilde y consecuente.

¿Cómo tendríamos una fe universal? Creyendo igualmente con la misma firmeza y constancia todas y cada una de las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia, todos y cada uno de los artículos del símbolo de la fe, sea el símbolo de los apóstoles, llamado vulgarmente *Credo*, sea el de Nicea, que es el que canta la Iglesia en la Misa, y se conoce con el mismo nombre; pues ambos contienen las mismas verdades con mas ó menos explicacion. Así es que quien, considerando este símbolo como un objeto de eleccion, toma de él lo que quiere, y desecha lo que no le acomoda, como lo hacian los herejes, ese no es verdadero cristiano.

VI.

La revelacion ha tenido por objeto darnos la verdad en toda su plenitud, y la verdad revelada tiene dos caracteres que no la pueden faltar; un carácter de universalidad en su comprension, y un carácter de unidad en su esencia. Como universal, abraza todas las relaciones que median entre Dios y el hombre; como una, exige la totalidad de nuestra creencia. Limitarla en sus objetos es desconocer su procedencia y su fin; truncarla en su contenido es lo mismo que destruirla. El que confesando, por ejemplo, la existencia de un Dios, le negase un solo atributo, por este solo hecho le destruiria en su entendimiento. Si Dios no es justo,

no hay Dios: si Dios no es omnipotente, no hay Dios: si Dios dejara de ser algo en lo que hay de positivo y perfecto, dejaría de serlo todo. Lo que os decimos acerca de Dios, os decimos acerca de la verdad católica: todo ó nada; esto es, la existencia ó la inexistencia de la fe. ¿Quereis una prueba? Llamad uno por uno á todos los disidentes, y veréis como fuera del ateo, que lo niega todo, los demás han sido excluidos de la totalidad de la iglesia por la negacion de la parte. El deísta admite un Dios y niega el culto, niega la revelacion; el hereje niega alguna cosa y confiesa las otras; lo mismo hace el protestante, y esto es lo que basta para herir la verdad católica en su esencia. Negar al Padre, negar al Hijo, negar al Espíritu Santo, es siempre negar á Dios: negar la humanidad de Jesucristo, ó negar su divinidad, es siempre negar á Dios; por que es siempre negar la encarnacion del Verbo: negar la Iglesia católica, es siempre en cierto modo negar á Dios; porque es negar la revelacion de Dios, la institucion de Dios, el órgano por donde Dios se comunica con los hombres.

Resulta de aquí, que el que confiesa todos y cada uno de estos dogmas es un verdadero cristiano; el que directa ó indirectamente niega uno solo de ellos, es un falso cristiano.

#### VII.

De intento, hermanos carísimos, hemos usado de la palabra indirectamente, porque habéis de saber que hay dos modos de negar un dogma: uno directo, en que se habla clara y terminantemente, y otro indirecto, en que la negacion está mas ó ménos

disfrazada. Por esto hemos dicho que nuestra fé, para estar del todo conforme á su principio, á su objeto y á su fin, debe ser, no solamente universal, sino tambien absoluta. Creer todas las cosas que Dios ha revelado es tener una fé universal: creerlas tan solo porque Dios lo dice, y entenderlas solo como la Iglesia las enseña, estener una fé absoluta. Así es, pues, que aquellos que andan buscando razones para suplir á la palabra de Dios, y no satisfechos con los motivos evidentes de credibilidad, suspenden su asenso hasta encontrar pruebas, estos no tienen una fé absoluta, y aunque fingen creerlo todo, engañan ó están engañados; porque en la realidad dejan de creer algo: en materia de creencia toda suspension, todo asenso condicional equivale á una negacion indirecta. El que dice que lo cree todo, pero tratándose de la Iglesia, se erige en tribunal de ella para decir lo que ella sabe y lo que no sabe, lo que ella puede y lo que no puede, este niega la Iglesia, niega el dogma, no es un verdadero sino un falso cristiano. Juzgar de la Iglesia fuera de la Iglesia misma es lo mismo que negarla: juzgar de la Iglesia dentro de la Iglesia misma, esto es, segun su doctrina, segun su moral, segun su legislacion, es confesar el dogma que la establece, es mostrarse como verdadero hijo suyo.

#### VIII.

Esta fé absoluta suele tener en la práctica mas obstáculos que la fé universal. No es el entendimiento tan rebelde para rehusar su asenso á las verdades abstractas; pero cuando ya se descende á su

aplicacion, cuando ya se les considera en el campo de la vida práctica, mil embarazos y dificultades vienen á oponerse á la creencia: los intereses, las pasiones mismas, no pudiendo soportar las consecuencias, cambian de principios ó desnaturalizan los que admiten: insensiblemente van modificando el carácter del asenso, van dando mas derechos á la razon; y si por falta de ánimo, por motivos de cálculo, ó por otras causas no sacan al hombre ó tensiblemente del círculo de los que creen, le dan una falsa conciencia de la fé, una fé determinada por los intereses, un asenso condicional. Mas quien así discurre, quien así cree, quien así se porta, no tiene la fé de Cristo, no es un verdadero cristiano. ¿Que armas oponer á estas armas? ¿Como destruir estos obstáculos, como sobre ponerse á tantas dificultades? Teniendo una fé humilde y sencilla. Cuando Jesucristo dijo que las altas revelaciones de la fé, los arcanos sublimes de Dios estaban reservados á los pequeños y escondidos, á los prudentes y á los sabios del siglo, claramente dió á entender que el orgulloso, el soberbio, el hinchado con su ciencia, el que todo lo espera de la luz de su talento, el que se cree con derecho para llamar al exámen y á la revision los misterios, ese infeliz no tendrá la luz de Dios, no poseerá la verdadera fe: creará saberlo todo, y no entenderá nada de cuanto conduce á su eterno fin. Tened, pues, entendido, hermanos carísimos, que nuestra fé debe ser humilde y sencilla: homenaje que rinde sin esfuerzos á la Verdad Suma, quien contempla bien la luz de Dios y las tinieblas del hombre.

IX.

Mas la fé del verdadero cristiano, además de universal, absoluta y humilde, ha de ser consecuente. Hay dos especies de consecuencias con la fe, que nunca deben ser confundidas; una consecuencia dogmática y una consecuencia moral. Esta segunda consiste precisamente en obrar en todo y por todo conforme á lo que se cree. Cuando la fé está junta con la caridad y buenas obras, cuando el hombre no solamente cree lo que Dios dice, sino tambien hace lo que Dios manda, entónces es moralmente consecuente con su fé; de otra suerte no tiene la consecuencia moral, aunque conserve la fé. Por esto nuestro manual catecismo dice que la fé es necesaria para nuestra salvacion, de tal suerte, que sin creer la verdades que la fé nos enseña, nadie puede salvarse, y luego, preguntando “¿y podrá con fé sola?” responde. “No puede sin caridad ni buenas obras.” Esta es la consecuencia moral. La consecuencia dogmática consiste en admitir, no solamente las verdades capitales de la fé, sino tambien sus rectas consecuencias: sin consecuencia moral hay fé pero no hay salvacion: sin consecuencia dogmática no hay verdadera fé, y por consiguiente, ni consecuencia moral, ni salvacion tampoco: el que no cree, no cumple la ley, y por tanto no tiene la consecuencia moral: el que no cree, se ha de condenar, como lo dijo el mismo Jesucristo.

Ved, pues, hermanos carísimos, cuán esencial es el creer, no solamente los artículos principales de nuestra santa fé católica, sino tambien todas y cada una de sus rectas consecuencias. La exposicion

ordenada de todas estas consecuencias dogmáticas, forma el cuerpo de la doctrina. La oposicion á esta doctrina es por lo mismo siempre la negacion de los dogmas capitales ó la negacion de sus legítimas consecuencias.

Cuando decimos por ejemplo: "Creo en un solo Dios," profesamos un dogma fundamental. Cuando decimos que Dios debe ser amado sobre todas las cosas, reconocemos y profesamos la consecuencia precisa de este dogma y la justicia del precepto que así lo manda. Cuando apoyados en esto, sostenemos que Dios debe ser obedecido ántes que todos los hombres, reconocemos y profesamos otra consecuencia del mismo dogma. Luego todo aquel que, reconociendo por una parte el principio de que hay un solo Dios, niega por otra que deba ser amado sobre todo y preferido á todo, combate como un fanatismo el empeño de la piedad católica por darle un culto el mas espléndido que sea posible, mira como erogaciones mal hechas la magnificencia de los templos, las riquezas de los paramentos y vasos sagrados, &c., y sostiene esto como una doctrina verdadera, incurre en una inconsecuencia dogmática.

X.

Bastan estas reflexiones, hermanos carísimos, para que comprendáis lo que os hemos querido dar á entender al deciros que la fe del verdadero cristiano debe ser consecuente: solo nos resta deciros una palabra sobre la necesidad que todos tenemos, para portarnos como verdaderos cristianos, no solamente de creer todos los dogmas de la fe, de cre-

ellos porque Dios lo dice y la Iglesia lo propone, de aceptar todas sus consencias sin que falte ninguna; sino tambien de procurar á toda costa que nuestra conducta cristiana sea el espejo vivísimo de nuestra creencia, es necesario que la fe se anime de las buenas obras, viva en la caridad. De otra suerte, vuestra conducta será la contradictoria de vuestra creencia, y estaréis confesando y ofendiendo á Dios á un mismo tiempo. Cuidad solítilos de vuestra fe, pero entrad por ella en los caminos de la justificacion; acercaos á la posesion de la santidad, teniendo presente que el carácter que habéis recibido en el bautismo, el augusto nombre de cristianos con que os distinguís á la faz de la tierra, os empeña, no solo á tener y conservar la fe de Cristo, sino á observar su divina ley, á estrecharnos íntimamente con él por medio de la caridad.

PAR A LOS HERMANOS DE SU IGLESIA.  
DIEZ Y OCHO CARTAS SOBRE LA HISTORIA, DOCTRINA Y CULTO DE LA SANTA SANTA TRINIDAD.

Christianos hermanos & hijos.  
DESPUES de haberos dicho en nuestra última carta pastoral, cuál debe ser la fe del verdadero cristiano, deberíamos haberos explicado con el más docto y tan sabio de nuestro católico, habidos de la Parola de nuestro Señor Jesucristo. Dios y Hombre verdadero, manifestador como el es de las verdades, presentadas á vuestro culto bajo el doble carácter de salvador que nos libra con su sangre de la muerte eterna, y de Maestro que, trayendo al mundo las doctrinas, regénero el hombre todo, dando á su entubamiento una verdadera INSTRUCCIONES.—4.